



Por Nicolás Lynch



# Moderación vs. expectativas

**L**a inercia de los ochentas parece querer capturar de nuevo la manera de plantear la demanda social en la actual coyuntura política. Si algo caracterizó a la mayor parte de los actores de esa década trágica fue el extremar sus demandas sin importar el porvenir del régimen democrático. Al final la "profecía autocumplida" se hizo realidad, volando por los aires la democracia y dañándose seriamente la organización de nuestro pueblo. Ha pasado más de una década, pero no parece que hayamos aprendido la lección.

La libertad política que trae aparejada la democracia empieza nuevamente a ser usada para extremar las justas reivindicaciones de los sectores más variados. El ejemplo de los paros y movilizaciones en Puno y Cusco, donde se disputa el trazado de una carretera que no está siquiera en proyecto, es patético al respecto.

¿Cuál es el límite de la demanda por parte de los movimientos en curso y la máxima posibilidad de conceder del lado del gobierno? En lo inmediato la respuesta podría ser la posibilidad de

nuestra economía y en el caso del gobierno la estrechez del presupuesto fiscal. Pero quizás sea imposible precisarlo con exactitud. Lo mejor puede ser plantear las cosas de otra manera. No tanto cuánto podemos sacar hoy sino qué proyecto político podemos empujar para que haya para todos mañana.

La dictadura nos dejó en bancarrota política y económica. Si algo aprendimos fue que sin institucionalidad política sólida es imposible el bienestar material de la mayoría de la población. Puede ser que la democracia de inmediato no satisfaga las demandas postergadas durante todos estos años, pero lo que sí es cierto es que nos da las posibilidades de organizarnos y desarrollar gremios y partidos de manera tal que en el futuro podamos garantizar la mejor repartición de la riqueza que se pueda crear

en el mediano plazo.

La ecuación podría plantearse como: moderación de demandas a cambio de institucionalidad democrática, no sólo estatal sino también social y político partidaria. Si algo trae el establecimiento de una democracia es relativa predictibilidad a los actores inmersos en la misma. En otras palabras, moderamos hoy para ganar mañana de una manera estable en el tiempo. La garantía de que esto suceda la da la institucionalidad democrática que con su moderación los propios actores sociales y políticos construyen. Es más,

si no moderamos hoy lo más posible es que mañana no sólo no haya que repartirnos sino tampoco democracia en la cual desarrollarnos social y políticamente.

El porvenir inmediato, sin embargo, se avizora difícil. El argumento de la justicia de las demandas planteadas parecían llenar el horizonte y articularse perfectamente con la teoría del bien limitado. Es decir, hay que volver a repartirnos, aunque sea a patadas, lo poco que tenemos porque lo más seguro es que los que están en el gobierno (aunque sean producto de

una elección popular) lo hayan hecho mal. Esta teoría del bien limitado se relaciona muy bien con el estímulo irresponsable a la subjetividad de un pueblo que sufre gravísimas carencias y al cual el sólo enterarse de sueldos muy superiores a los suyos lo llena de indignación.

Bien haríamos para superar esta deformación del debate político nacional en volver a poner en el centro de la agenda el tema de la reactivación productiva, que fue el eje de la exposición del gobierno el día de la presentación del gabinete en el Parlamento. Esto supondría que las demás fuerzas políticas plantearan sus opiniones y alternativas al respecto, para contrastar no sólo la capacidad de agitación y movilización de cada cual sino sus argumentos políticos de fondo, más allá del estímulo de subjetividades y la ganancia inmediata.

La dictadura nos dejó en bancarrota política y económica.